

JOAQUIN MARIA GARCIA DE DIOS

Las parejas... se hacen

Toda pareja es un proceso del todavía no... al ya no.

Toda pareja tiene unos protagonistas: yo, tú y nosotros.

Toda pareja se establece al compartir una preferencia de valores.

La calidad de una pareja no depende tanto de la calidad de sus componentes como de la calidad del proceso que han vivido y viven al realizarse como pareja.

En este artículo se presenta este proceso de dos maneras:

I: De una manera más técnica, intentando presentar como una radiografía dinámica del proceso de convertirse en pareja.

II: De una manera más poética, presentando, en alegoría, la experiencia y el proceso de cómo puede llegar a vivirse una pareja.

I: El proceso de convertirse en pareja

Es un proceso sin principio reconocible y con un final frecuentemente traumático: es muy difícil señalar el momento en que una pareja se inicia: cuando uno cae en la cuenta ya se ha producido una vinculación. Y cuando una pareja se acaba es, o porque se ha muerto uno de sus componentes o porque se ha producido una ruptura suficientemente reconocible.

Pero aunque el proceso de convertirse en pareja se pueda describir con cierta objetividad, lo que resulta más difícil es describir y caer en la cuenta del modo cómo ese proceso se reproduce, se recicla, se revive: porque cada vez que se recicla, la pareja se refuerza y se revaloriza. Pero si no se dan los reciclajes, la pareja se va devaluando, se va desvinculando, aunque cada paso gradual resulte inapreciable y sólo se cae en la cuenta del deterioro cuando el mal ya es demasiado grande.

Porque me parece que se puede llamar un mal al hecho de que lo que fue una pareja estúpida deje de serlo. En

cambio ya no me parece un mal tan grande el que, cuando una pareja ya no existe, se separe. Muchas veces será la única manera de vivir en la verdad.

LA APASIONANTE AVENTURA DE CONOCERSE

Porque, sobre todo en sus comienzos, funciona como aventura. Es internarse en una selva desconocida: con una apariencia exterior la que llama nuestra atención) atractiva, pero ignorando si tiene claros, lagos y barrancos detrás de la floresta que captó nuestra curiosidad.

Conocerse es saber cuál es tu nombre, quién te lo puso, por qué te lo pusieron, saber si te gusta. Conocerse es reconocer el tono de tu voz, saber el número de tu teléfono y las horas oportunas para llamarte. Conocerse es saber de quién me puedo fiar cuando te quiero dar un recado. Conocerse es saber tus aficiones, los datos de tu historia que son significativos para ti. Conocerse es no tener que dudar mucho cuando te voy a hacer un regalo porque conozco tus gustos y sé lo que ya guardan tus armarios y lo que está en tu mesilla de noche. Conocerse es saberlo casi todo sobre ti. Pero sobre todo *saber lo que tú me presentas y vives como lo más tuyo.*

Eso ya es algo más que conocerse: *eso se llama comprenderse.* Conocerse desde los sentimientos y experiencias íntimas del otro. La comprensión se ha logrado cuando logras ponerte en la situación del otro y la vives tal cual la vive. Lograr esto lleva su tiempo, pero sobre todo supone que la comunicación ha superado las apariencias y te han permitido entrar en ese círculo interior de la persona que se llama la intimidad personal.

Es ver a la persona desde dentro: y sólo entonces dar su verdadero sentido a la apariencia exterior. Es conocer el sentimiento íntimo de los ojos que te miran, el latido íntimo de las manos que te acarician, la emoción íntima de la presencia que se encuentra a tu lado. Incluso es acertar al imaginar. Y, muchas veces, es reconocer el tono, el gesto, la preocupación en la llamada del



teléfono que casi estabas esperando que sonara precisamente cuando sonó. «Te conozco tan bien que estaba seguro que me ibas a llamar nada más llegar a casa».

¿Por qué lograremos comprender tan bien a otra persona en la que nos hemos fijado y a la que, ya en este momento, queremos mucho? Quizás porque *aplicamos a nuestra experiencia* lo que, de alguna manera hemos vivido y experimentado cuando nos amaron a nosotros. Por eso logra comprender y amar quien ha sido comprendido y amado y nunca lo logra quien nunca se ha sentido comprendido o nunca se ha sentido amado.

Y parece que los que se aman nunca se analizan: que los enamorados nunca se examinan al detalle: pero no es verdad: *los enamorados son los que saben más cosas*, son los que perciben más detalles, son los que pueden describirnos mejor los procesos que vive la persona amada. Porque tienen encendidos los focos más sutiles, que más matizan y que mejor iluminan a la persona. Y se analizan (a golpe y ritmo de intuición, claro) los detalles, los procesos, las relaciones entre sucesos y reacciones... absolutamente todo. Sin necesidad de informe psicológico ni de parrilla de observación: al revés: partiendo de cómo observan ellos es cómo podríamos elaborar una parrilla de observación.

No pocas veces las personas que se aman se llaman por un mote, un seudónimo, una contraseña: es como la síntesis del encuentro entre los dos: llamarse así es llamarse todo y comunicarse a nivel total: para los demás suena a ridículo, a cursi, a «cosas de enamorados»: pero ellos son capaces de *sintetizar en esa palabra toda la expe-*



riencia de comunicación vivida. Se conocen tan bien que son capaces de expresarlo todo en una sola palabra dicha por ellos y para ellos.

¿Quién puede evaluar mejor a la pareja que la propia pareja? Cuando *evaluar es escoger los valores de la otra persona.* Cuando evaluar es dar vida a las palabras, la vida que tienen en la realidad. Evaluar y evaluarse. Autoevaluarse como pareja sólo lo puede hacer la propia pareja. Claro que, para hacerlo, tiene que existir la pareja. Cuando lo que existe es una pareja en crisis uno de los primeros síntomas es que ya no se evalúan sino que se juzgan: y, muy probablemente, se juzgan con uno de los sistemas de juicio menos apropiado: el de criticarse.

Sólo las parejas que han logrado conocerse así de profundamente están capacitadas para formar una buena pareja.

Porque, a la hora de la verdad, para vivir como pareja no basta conocerse, aunque sea así de profundamente. A no ser que a la palabra conocerse le demos el sentido que le daban muchos poemas épicos de la antigüedad, como el Génesis, en los que «conocerse» era experimentar totalmente, a nivel del encuentro sexual que se hace desde la desnudez, desde el descubrimiento mutuo piel a piel, desde la comunicación hasta de los miedos y de los deseos: cuando conocerse es, además, vivirse.

LA COMPROMETIDA EXPERIENCIA DE AFECTIVIZARSE

Algo me llamó la atención. Algo em-

pezó a polarizar mi atención. Y desde entonces ¡me empecé a dar cuenta de tantas cosas! De todas aquellas a las que presté una atención selectiva: si quisiera ponerle verbos apropiados a todo lo que fui haciendo tendría que usar verbos así: observé, advertí, me fijé, me fui sensibilizando cada vez más: como que me fui centrando en cosas tuyas: en sus problemas, en las circunstancias de su vida, en sus mensajes (conscientes o inconscientes), en sus opiniones, en sus motivaciones... No es que haya montado un taller de observación de todo lo que está viviendo mi pareja: pero es algo mu cho más intenso, más vivo, más continuo: mi persona está orientada hacia la suya y *mi atención está centrada en ella.*

La verdad es que estoy, en todo lo que hago, aceptando a mi pareja, respondiendo a sus demandas: asintiendo, ajustándome a sus deseos, permitiéndole expresarse, vivir como ella prefiere, gozando y recreándome en lo que a ella le da satisfacción. Mi vida, de hecho, está *respondiendo a sus iniciativas, a sus experiencias,* y no lo hago porque me haya propuesto cumplir todos sus deseos: es que me encanta vivir respondiendo a lo que mi pareja quiere de mí.

¿Por qué esta manera de vivir, de verme y de vivirla? En dos palabras: porque me merece la pena: porque esto es lo que yo valoro: porque mi pareja es mi vida: *es lo que ha empezado a dar sentido y valor a mi vida.*

Y cuando mi pareja ha hecho el mismo proceso conmigo y yo empiezo a

ser el valor que da sentido a su vida, nos comprometemos a vivírnos mutuamente: es cuando empieza a tener sentido esa frase «mi vida» no sólo como para expresar lo inexpresable sino para expresar nuestra realidad compartida en una única vida: la mía que es la tuya y la tuya que es la mía: **AQUI NOS HE-MOS CONVERTIDO YA EN UNA PAREJA.**

Y lo que queda del proceso: aparece ya como el reflejo visible de esta realidad tan fuertemente unida de dos personas que se han encontrado «y se comunican entre sí desde el centro de sus existencias». Así lo expresó Eric Fromm con acierto.

Quien así vive *organiza* su vida en función de esa experiencia central. Y su vida consiste en armonizar, articular, elaborar, compatibilizar, integrar, coordinar... Todas esas experiencias de ajuste y de sintonía: que afecta a los gustos, a las ideologías, a las creencias, a los criterios, a la lectura de la realidad y hasta a aprender a respetar y disfrutar con las preferencias compartidas.

Una pareja lo es cuando tiene *su estilo característico:* como con identificación propia: tienen algo que define su peculiaridad y eso mismo es lo que la diferencia de las demás parejas y personas de su entorno. Una pareja suele caracterizarse por sus peculiares coherencias, por las cosas a las que se dedican (en trabajo, ocio o diversión), por el ejemplo y la imagen que dan a los que les tratan, por la proyección que hacen de sus valores comunes.

Un hijo del amor de esa pareja casi nunca logra personificar tan bien la unión de la misma pareja como ellos dos cuando se aman, se expresan y se viven. Aun con un hijo nacido, la unión de la pareja está en ellos mismos. Y si es así la pareja existe y es dinámica; y si no es así el hijo puede empezar a funcionar como una cuña amenazadora entre los dos, o como una solución de emergencia para su unidad en crisis: pero casi nunca pasa de ser un sucedáneo de la unión desaparecida.

II: La otra vida de los ríos

Nació un río. La verdad, sólo se supo después de que se hizo presente con su humedad, que es su vida y es su llanto.

Nadie pudo saber si lograría ser río: pero hubo muchos ojos y mucho amor al acecho para seguir sus primeros conatos de estar, de andar, de aprender a superar dificultades...

Hasta que empezó a recorrer el mundo teniendo «sus» propias experiencias de río: reflejando en su superficie los cielos azules, los soles y las nubes de cada día, y las tormentas de las noches que le desorientaban y le sugestionaban al mismo tiempo: y se coloreaba con los colores del cielo y de las riberas: con árboles, y rocas, y rebaños, y personas que lo miraban, o lo admiraban o lo expoliaban (aguas, peces y energía...).

Transparentando toda su vida interior: profunda a veces y otras tan superficial: llena de vida (peces y plantas) unas veces y otra tan inexplicablemente estéril: teniendo que adaptarse a los condicionantes de la vida de todo río: las rocas, las presas, las cascadas... El no sabía de las interpretaciones que le daba la gente (la cascada de sus carcajadas; la cascada en la que se suicida de mañana; el remanso en el que el río reflexiona, se concentra, rehace su proyecto y se vuelve a marchar para seguir viviendo: sólo cuando se detiene demasiado en su remolino corre el peligro de detener su vida, de pudrirse y de dejar de ser río).

Y soportando en sus lomos: desde las competiciones festivas de piraguas hasta los residuos sulfurosos de las fábricas...

Y dando, siempre dando: vida, movimiento, amenidad, frescor, energía, limpieza, esperanza y poesía.



Y otro río, en otra colina: hace su recorrido: vive otros paisajes, otras experiencias, otras crisis... Allá va corriendo y recorriendo su propia historia.

Sin saber por qué los dos ríos se observan y empiezan a recorrer sus vidas en paralelo: manteniendo las distancias al principio, pero contándose sus cielos, sus entrañas, sus riberas y sus experiencias. Hasta que comprenden que para comunicarse tanto es mucho mejor acercarse más: y se acercan, y aprenden a seguir un itinerario común: y después de un extraño itinerario casi juntos, pero todavía uno al lado del otro: deciden fusionar sus caudales y convertirse en un solo río.

Y los ríos se casan el uno con el otro: sin lograr saber quién es quién. Dicen que esta compenetración de corrientes no es tan fácil: que lleva tiempo: que las superficies y las interioridades tiemblan: y tiemblan las realidades que ambos reflejan: y los sentimientos se acompañan: y van haciendo el aprendizaje de vivir como un único río, sin suprimir nada del río anterior que ambos fueran: y empiezan a recorrer, reflejar y vivir una única y una misma experiencia de vivirse como río.

Cuando la experiencia es satisfactoria ¡qué bonito es ser ese nuevo río! ¡Qué bonito es vivir así! Tenemos la posibilidad de que exista, junto con nuestro río, un nuevo río mucho más rico y más nuestro que el que fue nuestro río hasta nuestra unión.

Algún día el río tiene la genial idea de que esta experiencia del río es preciosa: y deciden que alguien la vuelva a vivir gracias a ellos: no sé muy bien cómo se las arreglan: pero de su ilusión surge una nube: que siendo nube llueve, se esconde en la montaña y un día aparece como aprendiz de manantial...

Lo reconocerán como su río: pero aprenderán, al mismo tiempo a conducirlo y a dejarlo ir. Porque ningún río puede correr por el cauce del río que le dio la vida. Va a hacer su propio cauce. Darle la vida: enseñarle a ser río: y dejarlo ir: mientras nuestro propio río sigue viviendo su propia experiencia.

Hasta llegar a dar a la mar que es el morir. Uno llegó y el otro quiso perderse en su mismo mar: pero todavía no: ¡qué difícil es haber aprendido a ser río compartido y tener que dejar de serlo!: a medio caudal: ¡qué va! a media vida, a media plenitud: casi sin comprender no haber compartido esa fuga por el mar juntos los dos.

¿Será que esa mitad del río que se fue también se convirtió en nube para esconderse en otras entrañas para realizar otra nueva experiencia tan inesperada como fantaseada por la necesidad de rehacer la experiencia de convivirse?

El poeta sólo conoce la experiencia del río vivido. Sólo el río sabría hablarnos del nuevo río imaginado.

ACTIVIDADES

1. Leer la alegoría «La otra vida de los ríos».
2. Traducirla en características en la vida de una pareja: se trata de encontrar todos los datos que se pueden deducir de la alegoría para la pareja.
3. Escoger una pareja de la realidad: conocida, del cine o de un relato literario e ir reconociendo con ejemplos reales, cada uno de los pasos del proceso descrito en la parte primera del artículo.
4. Hacer un listado de las cosas que favorece y las cosas que puede impedir en la vida de una pareja la aparición de un recién nacido.